

MAMIE SALOAM
y otros relatos

DJUNA BARNES

MAMIE SALOAM
y otros relatos

Traducción de Ce Santiago



Primera edición: enero, 2020

Los relatos contenidos en este libro aparecieron en las revistas

All Story Cavalier Weekly, The Trend y New York Morning

Telegraph Sunday Magazine

© de la traducción: Ce Santiago, 2020

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2020

Ilustración de cubierta: María Díaz Perera

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-120089-4-4

Depósito legal: M-36941-2019

IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

La soledad elegida 9

MAMIE SALOAM Y OTROS RELATOS

El terrible Pavo Real 23

El jefe de Babilonia 41

Los terroristas 59

Humo 77

Monsieur Ampee 95

Mamie Saloam 113

Billete premiado 177 125

La soledad elegida

El viaje de Djuna Barnes hacia la libertad, creativa y personal, no tuvo su origen en Long Island, donde vivía con su «familia», imposible de definir de manera tradicional aún hoy en día.

Su abuela paterna, Zadel Barnes, fue para ella una influencia perturbadora e imprescindible al mismo tiempo. En Nueva York, Djuna quiso reproducir de algún modo el camino de Zadel, escritora, periodista y defensora acérrima del sufragio femenino. Pero realmente al llegar a la gran ciudad quiso liberarse del peso de su educación y de la responsabilidad que había asumido al convertirse en el único sustento de su madre y hermanos, que habían abandonado la casa familiar cuando Elizabeth hizo elegir a su marido entre su amante, con la que también convivía, y sus otros hijos. Djuna encabezó el exilio forzoso de

parte de la familia Barnes y asumió el rol que hasta entonces desempeñaba Zabel.

Djuna no sintió ni miedo ni deslumbramiento al llegar a Nueva York. El recuerdo de su abuela y la seguridad que esta le había trasladado desde que era apenas una niña la acompañaban al franquear la puerta de cada redacción periodística. «Sé dibujar y escribir. Seríais unos idiotas si no me contratarais», aseguraba a quien estaba dispuesto a escuchar a esta joven provinciana, que visitó por primera vez en 1913 las oficinas de *The Brooklyn Daily Eagle*.

Los artículos de Djuna redescubrieron a los neoyorquinos una ciudad cambiante que muchos consideraban como el centro de todos los pecados en el nuevo mundo. La publicación en 1914 de «El terrible Pavo Real», primer relato de este libro, en *All-Story Cavalier Weekly* supuso para ella el comienzo de su carrera, la creación del mito de la misteriosa reportera Djuna Barnes y su independencia, económica y creativa, que tanto buscó a lo largo de su vida. En las páginas de «El terrible Pavo Real» retrata de manera

mordaz el mundo del periodismo, en el que no era más que una novata, pero también en este cuento, como sería constante a lo largo de su obra, toma a una mujer como protagonista, «una más grandiosa, más peligrosa que Cleopatra, treinta y nueve veces más fascinante que el brillo del sol en una *gold eagle*, y casi tan esquiva». Gracias a ella, al terrible Pavo Real, podemos conocer a muchas de las artistas de la escena neoyorquina. Algunas lograron vencer al qué dirán y otras regresaron a la oscuridad de las bambalinas.

Mamie Saloam, quien da nombre a este libro, bailarina que «procedía del estrato más bajo de los pobres, quienes se cubren los hombros con algodón y los estómagos con guinga», es otro ejemplo de la «nueva mujer», aquella que renuncia al amor y opta por la disciplina, el arte y el sacrificio, aquella que elige a Oscar Wilde sobre la sociedad biempensante.

La influencia de Wilde y de su «Salomé» es clara no solo en relatos como «¿Qué ve, señora?», rebautizado como «Mamie Saloam» en este volumen por su

involuntario parentesco con «Paprika Johnson», o en «El jefe de Babilonia», sino en sus primeras obras de teatro, un arte en el que Barnes también encontró un refugio. Wilde y ella compartían el gusto por las atmósferas decadentes y ambos fueron descritos como testigos distantes de una sociedad inmovilista a la que forzaban a colocarse frente a un incómodo espejo.

Se asegura que Barnes desdeñaba estos primeros cuentos al considerarlos obras menores por ser muchas veces encargos de revistas y periódicos, pero su lectura permite conocer la bohemia, el origen de su escritura y entender la posición que decidió adoptar a lo largo de su vida, huyendo de las luces de neón y de las fiestas y salones literarios. Desde la sátira, profundamente feminista, y una actitud un tanto huraña, reescribió su realidad y no traicionó nunca sus principios, a pesar de que no eran compartidos, ni respetados, por muchos.

La Djuna Barnes que vivió casi cuarenta años aislada en un apartamento de una habitación de

Greenwich Village es la misma que ideó estos relatos, la misma que encontró en ese barrio las historias que la inspiraban al inicio de su carrera literaria. Y también es, por qué no, la niña de Long Island que se convirtió contra su voluntad en cabeza de familia cuando solo quería «matar al padre», en este caso, a su abuela Zelda, y superarla en su camino hacia la independencia.

Estos cuentos siguen, sin saberlo, el consejo que años más tarde le dio James Joyce, quien conminó a Djuna a no escribir nunca sobre lo insólito sino a encontrar lo insólito en lo corriente, una posición que contradujo en las décadas siguientes. Pero la base de su obra es siempre la misma.

Es la futura voz de Djuna la que se esconde tras una falsa ligereza. Las metáforas de estos relatos cuestionaban la ética imperante, eran mucho más que mero entretenimiento y proporcionaban una guía para sobrevivir al mundo moderno. Una joven sin apenas experiencia «reinventó» de algún modo el género y cuestionó el periodismo de la época,

masculino y sensacionalista. Barnes también hace emerger las luchas silenciosas que tenían lugar en la isla de Manhattan, feministas, políticas y artísticas, y habla de la perpetua soledad neoyorquina, como en «Billete premiado 177». Los objetos en sus cuentos, como en sus obras teatrales, también cobran vida.

Djuna Barnes renegaba erróneamente de la frivolidad de sus primeros relatos, pero, gracias a ellos, podemos conocer su delicadeza como «retratista» de personajes sofisticados y de otros todavía apegados de manera ancestral a la tierra. No solo presentó a los lectores de los periódicos y revistas a, entre otros, Alfred Stieglitz, quien transformó Nueva York por primera vez en un escenario fotográfico, o a las actrices Lilian Russell y Mimi Aguglia, sino que convirtió en celebridades a hombres corrientes.

En 1913 escribió para *The Brooklyn Daily Eagle* una serie de artículos sobre nueve trabajadores a los que denomina como «veteranos» por llevar más de cuarenta años desempeñando sus respectivos oficios. Un camarero, un conductor de tranvía o un cartero

son alguno de los protagonistas. Es entonces cuando Barnes, como sucede en los cuentos de este libro, se despoja del disfraz de periodista de «sociedad» y deja ver su sintonía con estos seres olvidados, habla de su desesperanza, de la falta de fe en un futuro que, como siempre, tiranizará a muchos y en el que reinarán solo unos pocos.

Djuna Barnes encontró en el periodismo el acceso al mundo de la cultura, como también hicieron Truman Capote y la otra gran dama neoyorquina, Dorothy Parker. El ingenio punzante, y muchas veces hiriente, de Parker hizo de ella el principal miembro de «la Mesa Redonda», integrada por artistas, críticos y periodistas que se reunían cada noche en el hotel Algonquin. Capote era el perfecto anfitrión de la alta sociedad, de la que se burlaba, pero, sobre todo, de la que quería formar parte.

A diferencia de ellos, desde que logró vivir de manera independiente gracias a sus artículos, la constante en la vida de Barnes fue la soledad elegida. El Village, el territorio de la mayoría de estos relatos,

nunca la abandonaría. Durante un tiempo se mudó al edificio que ocupaba el número 38 de la avenida Greenwich, donde vivieron en diferentes épocas el artista Marcel Duchamp, el crítico Edmund Wilson —a quien rechazó por su admiración por la obra de Edith Wharton—, la poeta Mina Loy, la escritora Edna St. Vincent Millay o la autora de su retrato más conocido, Berenice Abbott. En esa enorme casa, que subalquilaba la editora Susan Light, quien publicó dieciocho cuentos de Barnes en *All-Story Weekly* entre 1914 y 1919, también encontraron refugio los integrantes del Provincetown Players, considerada la compañía más innovadora del teatro estadounidense, que impulsó la carrera de dramaturgos como Susan Glaspell y Eugene O'Neill, y que también fue fundamental para Barnes. En sus obras teatrales Djuna, como en sus relatos, creaba la misma falsa distancia entre los espectadores y sus protagonistas.

Barnes no se aisló de la sucesión de inquilinos y de visitantes, pero ella nunca necesitó del grupo como apoyo o desencadenante de su actividad creativa.

A diferencia de Virginia Woolf, nunca buscó un Bloomsbury. Siempre fue un ser solitario, a pesar de sus grandes pasiones. Tampoco suavizó, como sí hacía Woolf, las tramas lésbicas, superando, en opinión de muchos, a Henry Miller en su descripción de lo sexual al utilizar el lenguaje de manera simbólica, desafiando al lector para que encontrara los significados ocultos. Djuna era «la Barnes» («the Barnes») pese y contra todos.

Greenwich y el periodismo fueron determinantes para que se convirtiera en la autora que tanto anhelaba, la intelectual «exiliada» en París, «la escritora desconocida más famosa del mundo». Djuna logró deshacerse de la atmósfera del Nueva York de sus inicios, algo de lo que parece no fue capaz Dorothy Parker.

En este segundo volumen que recoge los cuentos de juventud de Barnes queremos continuar el viaje iniciado con *Paprika Johnson y otros relatos*. Todos ellos dibujan un mapa hacia la madurez de la escritora. No puede interpretarse «El bosque de la noche»

sin entender cómo desde un aparente costumbrismo se adentró en lo simbólico, tampoco se puede explicar cómo, después de ser parte en París de la generación perdida y vivir un exilio intelectual dorado, regresó al barrio de sus primeras debilidades vitales y creativas. Fue destruyendo lo construido a su paso para regresar al inicio. Vivir de nuevo en el Village lejos de Joyce, de Hemingway, de su gran amor, Thelma Wood, de su siempre fiel Peggy Guggenheim y también de su propio personaje, de Djuna Barnes.

Tras su regreso de Francia, ya no volvería a ser protagonista de nada, se convirtió en una mera testigo de una vida que transcurría bajo su ventana. Desde la penumbra observaba a sus vecinos, a los que tal vez imaginaba como protagonistas de nuevas historias, unas que decidió que nunca deberían ser escritas. Djuna sabía que su carta de amor y odio a Nueva York, su despedida, era ya parte de la ciudad desde hacía más de seis décadas.

Soledad

No busco otra soledad sino esta,
la del interior de mi pequeño cuarto.
Cuatro velas dispuestas para contemplar,
con anhelo en la mirada la inminente oscuridad.

Y esto, la chimenea amortajada
y el sobrio vacío a la vera del hogar;
y esto, el ensombrecido asombro
del retrato de un rostro en su marco.

Es esta mi perfecta soledad,
la del interior de mi morada victoriosa,
la meta de recuerdos persistentes
que caminan pegados a un camino por trazar.

Djuna Barnes (publicado en
All-Story Cavalier Weekly,
28 de noviembre de 1914)

MAMIE SALOAM
y otros relatos

El terrible Pavo Real

Fue en los meses de parón veraniego, cuando un accidente de metro se acerca tanto como la fuga de Thaw¹, que un inusual artículo de prensa hizo su aparición a la hora del café.

Nadie sabía al parecer de dónde había salido. Trataba de una mujer, una más grandiosa, más peligrosa que Cleopatra, treinta y nueve veces más fascinante que el brillo del sol en una *gold eagle*², y casi tan esquiva.

¹ Juego de palabras intraducible. Barnes dice «a Thaw getaway»; ‘thaw’ es el periodo de deshielo primaveral, y el relato está ambientado en los meses veraniegos en los que la actividad informativa se ralentiza, pero es también el apellido de Harry Kendall Thaw (1871-1947), multimillonario y asesino convicto cuyo juicio fue muy popular en la época. Tras la condena se fugó a Canadá y fue extraditado en 1914.

² Moneda de oro equivalente a diez dólares, que estuvo en circulación hasta 1933. Existe también un juego de palabras con *golden eagle*, el águila real.

Era un Pavo Real, decía el artículo, que no estaba mal escrito: una sinuosa mujer de electrizantes ojos verdes y pelo rojo, vestida de ceñida seda verdiazul, muy observada en su lánguido transitar por las calles de Brooklyn. Alguien... pero ¿quién?

El redactor jefe se rascó la cabeza y le encargó el artículo a Karl.

–Averigua algo sobre ella –sugirió.

–Encasquétaselo mejor a algún novato –dijo Karl–. Que le dé un enfoque nuevo. Hoy me tengo que hacer cargo del caso Kinney. Qué tal Garvey.

–De acuerdo –dijo el redactor jefe, y cogió un chicle nuevo.

Garvey quedó debidamente impresionado cuando Karl viró hacia un costado de su escritorio y plantó encima del artículo una pierna, pues Karl era la Estrella.

Una persona bastante misteriosa en cierto modo, este Karl. Su lugar de residencia era un secreto inviolable. Se sabía que tenía dinero acumulado, pese al hecho de ser reportero. Se sabía también que estaba casado.

Por otro lado, era un apagafuegos: un reportero de primera. Si alguien creía que lo mejor era suicidarse y dejar una notita malintencionada a una esposa que desvariando se adentraba tres pasos en el baño y tres en la cocina, hipando «Ay, Dios mío» a cada paso, iba a parar a la máquina de escribir de Karl... y así nacía una historia digna de primera plana.

—De modo que vas a buscarla —dijo Karl—. Es condenadamente hermosa, tiene ojos de gata y el pelo de Leslie Carter³, una Clitia cimbreña y cargada de bucles, provista de un cutis color del café con leche que se ha dejado reposar toda la noche. Dicen que atrapa más hombres en su pelo que cualquier sirena viva o muerta.

—¿Tú la has visto? —exhaló Garvey, atónito.

Karl asintió brevemente.

—¿Por qué no la localizas *tú*, entonces?

—Hay dos cosas —dijo Karl con tono judicial— que no se me dan bien. Una es la sustracción, y la otra, la atracción. A por ello, hijo. El encargo es tuyo.

³ Popular actriz de cine y teatro (1862-1937); Caroline Lousie Dudley era su verdadero nombre.

Se alejó con paso tranquilo, pero no tanto como para no ver a Garvey henchirse visiblemente por el cumplido implícito y acariciar su bella pajarita.

No obstante, a Garvey el encargo no le hacía gracia del todo. Estaba Lilac Jane, ¿cierto? Tenía una cita con ella esa misma noche, y Lilac Jane era sumamente deseable.

Él estaba en esa edad en que la devoción por una mujer del género que flirtea con cualquier otro es poco menos que traición.

Pero... ¡le habían asignado esta tarea por su fascinación por las sirenas verdes cimbrenas! Garvey se toqueteó de nuevo la corbata, y alegre sacó su pañuelo con esencia de lavanda, igual que un monaguillo balancea un incensario.

En la puerta se giró bajo la lámpara y se remanegó un puño, y sus compañeros de trabajo gruñeron. Según su reloj de pulsera eran las siete.

Fuera se detuvo en la esquina cercana al asador. Miró a un lado y a otro de la plomiza calle debido a los apagados escaparates de sus floristerías y a las casas de fachada gris, deseoso de que hubiese alguien con quien poder hablar sobre su sentimiento

de competencia en un mundo de hombres competentes.

La vista en el asfalto, perdida en fervientes sueños sobre Lilac Jane, deambuló. El rugido del tráfico en el puente no lo perturbó, ni los gritos de los barqueros en el atardecer en el muelle.

Entre las visiones rosáceas se cernió por fin algo verde.

¡Zapatos! Zapatos pequeños, estilizados e immaculados; sobre un destello de finas medias verdes, en unos tobillos aún más estilizados.

Se oyó el tintineo de una risa, y Garvey volvió en sí, rojo y sudoroso, y al pasar el delgado cuerpo vestido de verde alzó sus ojos hasta los ojos del Pavo Real.

Era ella, sin lugar a dudas. Su pelo era de un rojo terrible, incluso en la oscuridad, y resplandecía unos veinte centímetros por encima de su frente, en el recogido más alto que Garvey había visto jamás. El brillo de la luna lo atravesaba como la mantequilla una tela mosquitera.

Su cuello era largo y blanco, sus labios más rojos que su pelo, y sus ojos verdes, con el ajustado vestido

de seda que al moverse ondeaba como aguas revueltas sembradas de algas, completaban aquella osada creación. Los poderes fácticos habían buscado el efecto póster cuando hicieron al Pavo Real.

Era de una belleza inverosímil, y a ella Garvey le resultó gracioso. Su risa plateada tintineó de nuevo cuando él la miró fijamente, el pulso a cien a la sombra.

Trató de convencerse de que aquel efecto fisiológico se debía a su instinto periodístico, pero es de suponer que Lilac Jane habría formado su propia opinión sobre el Pavo Real de haber estado presente.

—¿Y bien, jovencito? —exigió ella, sus asombrosos ojos metidos en mortífera faena.

—Lo... Lo siento... No pretendía... —balbució desvalido Garvey, aunque no intentó escapar.

—¿Me estabas echando un piropo mirándome de ese modo? ¿Es lo que tratas de decirme?

Ella volvió a reír, se deslizó hasta él y lo cogió del brazo.

—Me gustas, jovencito —dijo.

—Me llo-llamo Garvey, soy del... del *Argus*.

Eso la sobresaltó, y lo miró con aspereza.

–¡Un reportero!

Pero su risa tintineante resonó otra vez, y ambos echaron a andar.

–Bueno, por qué no –dijo ella, jovial.

Luego, de forma totalmente inesperada.

–¿Bailas tango?

Él asintió enmudecido, batallando por encontrarse la lengua.

–¡Me *encanta*! –declaró el Pavo Real, e hizo a su lado uno o dos pasos de baile–. ¿Quieres llevarme a algún sitio donde podamos hacer un giro o dos?

Garvey tragó a duras penas y mencionó un afamado local.

–¡Por favor! –exclamó la sirena de ojos verdes, y volvió sus asombrados orbes hacia él–. ¡Yo no bebo! Vayamos a un salón de té... al Poiret's –lo pronunció «Poyrett's».

Garvey soportó así que lo llevaran al matadero, y de camino ella charlaba con ligereza. Él sacó su pañuelo y se enjugó suavemente las sienes.

–¡Santo cielo! –dijo ella, arrastrando cada sílaba–. Hueles igual que una epidemia de mujeres desmayadas.

A Garvey aquello le dolió, pero muy dentro de sí decidió de repente que, en un calmante varonil aplicado en frío, aquel aroma estaba de más.

Entraron a un local vivamente iluminado en el que había ya pocas chicas y menos hombres.

Buscaron mesa y ella pidió té y pasteles, y urgió a su acompañante a que no se cortara. Garvey pidió con obediencia y profusión.

Al poco, empezó la música, y él la llevó en volandas hacia la pista y hasta aquel fascinante baile.

Sí, Garvey era muy buen bailarín. ¡Pero el Pavo Real!

Era ligera y sinuosa como una voluta de neblina verde, pero de sólido hueso y músculo en los brazos de él.

Era la pura poesía del movimiento, el espíritu del baile, la esencia de la gracia y la belleza.

Y cuando paró la música, Garvey podría haber gritado de irritación, pese a estar sin aliento.

Pero el Pavo Real no estaba en absoluto afectada. De hecho, no había dejado de hablar durante todo el baile.